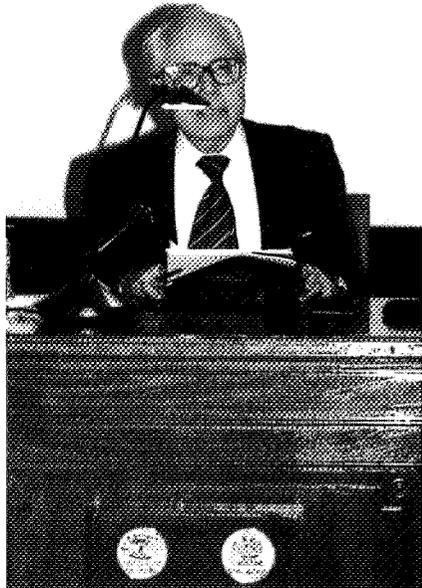


Carmelo Lisón Tolosana

**MISIONEROS ESPAÑOLES
EN EL EXTREMO ORIENTE
(SIGLO XVI)**

9 de mayo de 1996



D. CARMELO LISÓN TOLOSANA.

ZARAGOZANO (PUEBLA DE ALFINDEN). CATEDRÁTICO DE TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN EN ANTHROPOLOGÍA SOCIAL, FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. ACADÉMICO Y MIEMBRO DE HONOR DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS. DOCTOR EN ANTHROPOLOGÍA SOCIAL POR LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE Y POR LA UNIVERSIDAD DE OXFORD.

PROFESOR EN SUSSEX (INGLATERRA), CHILE, LA SORBONA (PARÍS), FLORIDA (U.S.A.), MANCHESTER (INGLATERRA) Y ROMA. PARTICIPÓ EN SEMINARIOS Y REUNIONES CIENTÍFICAS, PRONUNCIANDO CONFERENCIAS EN ESTADOS UNIDOS, JAPÓN Y CHINA. REALIZÓ NUMEROSOS ESTUDIOS ANTHROPOLÓGICOS, QUE EN SU MAYOR PARTE SE REFIEREN A GALICIA Y ARAGÓN.

CONDECORADO CON LAS PALMAS ACADÉMICAS DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

ENTRE SUS LIBROS PUBLICADOS ESTÁN: *BELMONTE DE LOS CABALLEROS*; *INVITACIÓN A LA ANTHROPOLOGÍA CULTURAL DE ESPAÑA*; *BRUJERÍA, ESTRUCTURA SOCIAL Y SIMBOLISMO EN GALICIA*; Y *ANTHROPOLOGÍA SOCIAL: REFLEXIONES INCIDENTALES*.

Diffícilmente, señoras y señores, podría arribar a este noble recinto marineramente tan ambivalente en torno al mar como el que les habla. Recuerdo todavía cómo de niño —de niño que nació en uno de los pocos desiertos de Europa— me fascinaba la idea del mar que no había visto. Subido a un tranvía en el centro de Valencia en dirección a la playa de Nazaret esperaba impaciente, de pie, verlo por primera vez a la vuelta de cualquier esquina. Pero recuerdo también y todavía con horror, mis continuas travesías de Calais a Dover cuando estudiaba en Inglaterra. La hora se me convertía en un suplicio dantesco, atroz, horroroso; aunque lloviera o nevara tenía que subir a cubierta para recibir en mi cara los latigazos del viento salobre, pero aún así, la cabeza y el estómago me torturaban. Tiemblo al recordarlo.

Pero esto no es todo. Cuando entro en la casa de mi padre político, en Inglaterra, lo primero que veo es una plantilla marinera luminosa que descansa sobre una enorme campana de uno de los primeros barcos que en su larga carrera náutica capitaneó. La habitación donde dormimos tiene cubiertas las paredes o por libros del mar o por las fotografías de los barcos de guerra —cruceros y destructores (el Esmeralda, el Osiris, el Cisne negro, el Verdún, el Ulster, el Concord, etc.)— que mandó y que le llevaron a la acción durante la segunda guerra mundial en el Extremo Oriente, en el Mediterráneo y en el desembarco de Normandía. Tengo también que confesar que todos los años vengo dos veces a ver el mar que baña las costas entre Ferrol y Coruña; me tonifica.

I

He elegido como eje de mi charla de hoy el mar en un momento especial y de enormes consecuencias mundiales. Hasta la conquista de

Granada nuestra historia es fundamentalmente una historia de caballos y caballeros pero desde finales del siglo XV nuestra historia se hace principalmente marinera. La nave substituye a aquel noble animal, el caballero se transforma en grumete y marinero. Es en este momento de auge cuando, consecuentemente, se incrementa el vocabulario marinero: aparecen los términos almadearse (sentir mareos), almadear, almarear, almariar, mareador, mareaje, mareante, mareamiento y mareo que personalmente he experimentado en el siglo XX. Es en aquel siglo también cuando aparece la impresionante figura del misionero que surca todos los mares conocidos para llegar su fe hasta el último rincón recién descubierto. Sólo en el reinado de Felipe II salieron para ultramar y casi sólo de Castilla, 2.682 religiosos y 376 clérigos¹. En la segunda mitad del siglo XVI navegaron para el Extremo Oriente casi un centenar de jesuitas. A principios del siglo XVII el ejército misionero hispano contaba con unos 10.000 soldados de Cristo en nuestros dominios. Y esto sin contar expediciones enteras de misioneros que perecieron en naufragios sin poder desembarcar en la tierra de la misión a la que se dirigían.

Los viajes por mar en el siglo XVI eran grandes aventuras de exploración, expediciones sin destino preciso y sin billete de vuelta. Los astronautas de 1960 conocían más sobre la superficie de la Luna en la que iban a aterrizar que los castellanos y portugueses sobre la India, China o Japón. Además, una vez en el mar perdían toda clase de contacto con el resto de la Humanidad y esto por semanas, meses y aún años. La tecnología de que disponían era mínima: el astrolabio, la brújula, unos mapas que tenían que dibujar y desdibujar continuamente y las estrellas del cielo más su audacia e imaginación. Experimentaban la aventura del mar, oían la llamada de la lejanía incierta y misteriosa en forma que nosotros hoy no podemos justipreciar. Para aproximarnos a ella aquí en Ferrol, este tarde, les invito a avivar su imaginación y acompañar a San Francisco Javier en su periplo marítimo hacia el Oriente².

¹ Para todos los datos véase el capt. III de mi libro *Individuo, estructura y creatividad*, Akal 1992.

² Sigo a G. Schurhammer, S.I.: *Francisco Javier, su vida y su tiempo* (traducción del original en alemán), Estella 1992, T. II, págs. 2 y ss.

La portuguesa flota de la India de 1541 constaba de cinco naos pintadas de negro, con tres mástiles, un alto castillo a proa, otro más alto detrás y la roja cruz de la Orden de Cristo sobre las velas blancas. En la capitana llamada Santiago, a las órdenes de Martim Affonso de Sousa viajaba Francisco Javier. Desplazaba 700 toneladas. Las cámaras de las autoridades del barco y de los pasajeros privilegiados ocupaban parte del castillo de popa. En torno al castillo de proa tenían sus cámaras los marineros y los artilleros con su munición y polvorín. Cerca de la vela principal se hallaba la cocina en la que siempre ardía fuego para que cada uno, o su criado o esclavo, se aderezase su comida. En la bodega inferior se guardaban las pipas de agua y vino más las mercancías y subsistencias para al menos seis meses. Esta nao en la que viajaban al menos 350 personas necesitaba 313 pipas de agua, 115 de vino, 13 de vinagre, 1.000 quintales de galleta, 300 de cecina, 36 de sardinas, pescado ahumado, queso, huevos, mermelada, legumbres, miel, gallinas vivas, etc. La nao necesitaba una tripulación de 112 personas, once artilleros y un par de cientos de soldados. El capitán, el piloto, el factor y el escribiente eran las autoridades máximas designadas por el rey. Cuatro pajes llamaban a la gente a su trabajo, hacían recados, cuidaban a los faroles y de las gallinas, barrían la cubierta, etc. El capellán rezaba una «misa seca», sin consagración; oía confesiones, predicaba y asistía a los moribundos. El barbero sangraba y el cirujano prescribía medicinas. Rara vez podían las mujeres acompañar a sus maridos, pero sí los niños para que se acostumbrasen al mar.

El 7 de abril partió la flota de Belem. Javier sintió muy pronto una ansia violenta de vomitar y un malestar general que le duró los dos primeros meses. Las naos viajaron juntas hasta Canarias porque merodeaban los piratas franceses. De allí zarparon para las islas de Cabo Verde; al Sur comenzaba la temida zona de las calmas, región sin vientos, en la que las naves se quedaban fijas en el mar entre 40 y 60 días. El calor era insoportable, los tornados continuos, los alimentos se corrompían, el agua se hacía fétida y para beberla tenían que taparse las narices y cerrar los ojos. Sobrevenía una fiebre abrasadora, los enfermos deliraban y aparecía el escorbuto. Las encías sangraban y se pudrían, las carnes se cubrían de apostemas y se producía la muerte. Cuando esto sucedía cosían el cadáver a una tela, rezaba el capellán un responso y el maestro daba la señal con un silbato

para arrojar el cadáver, lastrado con una piedra, a los tiburones que esperaban abajo.

San Francisco se encontró en medio de un hospital flotante. Desde la mañana a la noche atendía los enfermos, les hacía la comida y les consolaba espiritualmente. No aceptó la invitación del capitán a comer con los oficiales. En la nao comenzaron a llamarle el «padre santo». Para conseguir los vientos necesarios hacían procesiones penitenciales, rezaban letanías y, reunidos al anochecer en cubierta, cantaban la salve de los marineros a la Virgen. Entonaban después cantos-oración a Santiago patrono de la nave y a continuación resonaban las trompetas que introducían a un marinero que con fórmulas-conjuro exorcizaba todo lo malo que hubiera en el barco. Después de 40 días de calma ecuatorial sopló el viento, hinchó las velas y se encaminaron hacia la costa de Brasil pero manteniéndose a unas 80 leguas. Con los alisios pusieron proa hacia el sureste para navegar mil leguas y alcanzar, ateridos de frío esta vez, el cabo de Buena Esperanza, a finales de julio, mes de terribles tormentas. Cuando azotaban el barco encerraban a los pasajeros bajo cubierta, cubrían los cañones, cerraban todas las escotillas, apagaban el fuego y gobernaban el timón al menos diez personas juntas entre relámpagos, truenos y aguaceros. La nao era una cáscara de nuez. San Francisco rezaba, sumergía reliquias en el mar, lo rociaba con agua bendita y conjuraba, desde el castillo de popa, el viento huracanado. Pero todavía les esperaba lo peor.

El paso por el canal de Mozambique era considerado el más peligroso de todo el viaje porque los arrecifes de coral amenazaban a la nao por todas partes. Para colmo el cielo, siempre nublado, hacía imposible el uso del astrolabio; estaban al ancla durante la noche y sólo al amanecer continuaban, lentamente, el viaje siempre al borde del desastre. Hacia finales de agosto divisaron una iglesia blanca, Nossa Senhora do Baluarte: habían llegado a Mozambique. Árabes, negros, indígenas y portugueses esperaban la nao que se proveía de agua y subsistencias. El clima era insalubre y enervante y la isla era conocida como «la tumba de los portugueses» pues morían muchos allí a consecuencia de las enfermedades contraídas durante el viaje. Más de 15.000 portugueses encontraron en el cementerio de San Gabriel su lugar de destino.

San Francisco decidió instalarse en el hospital para atender a los enfermos que se multiplicaron a la llegada de la nao por los que sufrían de escorbuto. El santo salía todos los días en busca de limosnas y agua para los enfermos, les atendía y dormía junto a los moribundos. Pero su cuerpo comenzó a acusar los esfuerzos y cayó enfermo. El médico se lo llevó a su casa para cuidarlo; lo sangró nueve veces y en un frenesí que le duró tres días pensó que iba a morir, pero logró superar el santo la crisis. Hacia finales de febrero de 1542 zarpó la nao después de dejar a los enfermos en la isla; sólo 80 habían fallecido de toda la flota, lo que el médico atribuyó a los ciudadanos del «padre santo» y de sus dos compañeros. Durante el viaje dejó su aposento a los enfermos y él tuvo por cama una maroma y por cabecera el áncora del galeón. A finales de marzo fondearon en Melinde. Aquí recibió el capitán una carta del gallego Soares ofreciéndose a su servicio con un fusta, un catur y 20 hombres si le aseguraba impunidad por los desvaríos que había cometido. Su oferta fue aceptada y todos juntos salieron de Melinde en dirección a Suk, la legendaria patria del áloe y del incienso. El 6 de mayo a la noche y guiados por una hoguera que el gallego Soares encendió en tierra, alcanzó el barco la barra y fondeó en Goa donde fueron recibidos con salvas, procesiones y fiestas. La travesía, de un año de duración, había terminado. Pero no para Javier. Llegó más tarde a Japón y murió, solitario, a las puertas de China. Valignano, otro jesuita navegante por el Oriente escribió de él: «Si el esfuerzo y grandeza de ánimo se conoce en emprender empresas muy grandes y nuevas, y en aventurarse a grandes peligros, quando conviene,... sin ningún temor, bien se puede entender... cuán grande y esforzado era... el ánimo deste P.M. Francisco».

II

Mientras tanto nuestros misioneros en Filipinas esperaban impacientes la hora de poder pasar a China, pero la entrada estaba cerrada a todo extranjero bajo pena de muerte. Pero pronto se presentó la ocasión. Durante la celebración del segundo capítulo que los agustinos congregaron en Manila en 1572 llegaron a la ciudad dos juncos de mercaderes chinos; querían enterarse de las posibilidades de comercio y referían a la vez «co-

sas admirables de aquel dilatado imperio. Viendo nuestros religiosos el espacioso campo que se les abría a su ardiente deseo de propagar la fe... determinaron pasar a la China en uno de sus juncos». Sopesada por los frailes la posibilidad de la entrada eligieron a dos padres para tan «gloriosa empresa»³. Pero antes consultaron al Adelantado López de Legazpi quien llamó a los capitanes de los juncos para tratar hábilmente de cómo enviar embajadores «al rey de la Gran China en nombre del Rey de España». Su intención, les dijo, era asentar «amistad... y comercio». Para ello y como embajadores enviaría a dos religiosos «personas de... estimación entre los españoles». Los capitanes tratando entre ellos el negocio se excusaron cortesmente «por no ser posible entrar algún extranjero en la China a causa de tener pena de muerte el que le llevase». Los dos misioneros seleccionados estaban dispuestos a que les llevasen «descubiertos o ocultos, aunque fuese para echarlos solamente en tierra a sus aventuras y en las manos de Dios», pero los chinos se resistieron alegando el «gran riesgo a que se exponían». Sólo, comentaron de pasada los chinos, dejaban entrar algunos esclavos que compraban por las islas vecinas. Oído esto los agustinos vieron ya la puerta abierta: «Mucho se alegró el Padre... Agustín de Alburquerque [uno de los elegidos] oyendo al capitán estas últimas razones, en que ya había hallado medio para conseguir lo que tanto deseaba. Pues, yéndose el capitán a su casa le siguió y se puso a tratar con él que, supuesto que en la China podían entrar esclavos como había dicho, le rogaba mucho que le embarcarse y llegando a tierra le vendiese por esclavo». Enterado de la maniobra el Adelantado impidió el viaje.

A principios de 1574 salió de Manila el capitán Juan Salcedo –mozo de extraordinarias dotes y energía– a explorar el río y puerto de Cagayán, al Norte de Luzón, «por tener noticia que era el mejor de toda la isla, muy a propósito pra la contratación y comercio... de los reinos de la China». Meses más tarde un soldado avisó al joven capitán que la noche anterior «genta extranjera» con una «copiosa armada» había saltado a tierra y reducido a fuego casas y haciendas. Desde una pequeña embarcación que sigilosamente logró acercarse por la noche a la imponente armada, los españo-

³ La bibliografía pertinente viene dada en el libro y capt. citados en la primera nota.

les reconocieron «por los escotillones mucha y muy doble artillería, y tanta orden... que... entendían debían de ser portugueses». A la noche siguiente el mismo Salcedo vio como la armada pasaba por delante de la barra y seguía su derrota; inmediatamente se percató de que tal armada no podía ir sino sobre Manila. Despachó allí mismo una embarcación con tres soldados para que ganaran la delantera a la armada y dieran aviso al gobernador de Manila del inminente peligro, y él salió a continuación con los 50 arcabuceros que tenía.

Era señor de estos navíos el temido corsario chino Limahón que pirateaba las costas chinas y contra el que habían sido ya enviadas, sin resultado, varias armadas chinas. En una ocasión el pirata apresó un navío de mercaderes chinos que venía de contratar en Manila y por ellos se informó de la riqueza y del valor de los hispanos, de sus poderosas armas y especialmente de su muy corto número. Oído todo esto decidió aniquilarlos. Seleccionó 2.000 hombres y 62 navíos y dio el primer asalto por sorpresa a Manila que casi ganó. En el segundo asalto y gracias al esfuerzo de Salcedo, que acababa de llegar, el general Sioco que lo mandaba, murió en la feroz pelea, después de un terrible cuerpo a cuerpo en el mismo interior del fuerte de los españoles. Limahón no pudo convencer a sus hombres a dar un tercer asalto y tuvo que alejarse con sus naves buscando un refugio; se fortificó en la desembocadura del río Pangasinán. Aquí vino a cercarlo el joven Salcedo con 250 españoles en marzo de 1775. A las pocas semanas se aproximó a la boca del río un junco de guerra chino comandado por Pezung Aumón que había sido enviado por las autoridades de Fukien para espiar las andanzas de Limahón. Salcedo agasajó a su capitán como convenía y lo envió al fuerte de Manila para que se entrevistara con el gobernador Lavezares. Este le colmó de atenciones y le prometió a Limahón vivo o muerto, para que lo presentara a las autoridades chinas; le dio además 52 cautivos apresados en el fuerte de Limahón sin interés alguno. Aumón quedó tan complacido que ofreció por su parte y en agradecimiento, llevar a Fukien a «los embajadores que gustase enviar al Emperador» y como el «principal ánimo» de Lavezares «era buscar entrada a la predicación del Santo Evangelio, encargó al Padre provincial que los religiosos eligiesen... dos de conocida virtud, letras y sagacidad... [...] fueron escogidos de común acuerdo los Padres Fray Martín de Rada y... Fray Je-

rónimo Marín». Se embarcaron los misioneros en el junco de Aumón el 12 de junio de 1575.

La embajada, por razones en las que no entro ahora, no produjo los resultados que se esperaban en cuanto a relaciones comerciales y predicación del Evangelio; las puertas del Imperio seguían infranqueables, más cerradas todavía, lo que seguía provocando entre los misioneros mucho desasosiego espiritual y mayor pretensión de no cejar en el intento y abrirlas de par en par. Aquellos castellanos no eran hombres que fácilmente admitieran el fracaso. Aunque los anales misioneros refieren sucesivos esfuerzos por penetrar la muralla ideológico-jurídica china, voy a limitarme a resumir una romántica escapada que dramatiza el empuje y brío misionero hispano en el siglo XVI. En ella, además, el mar juega un papel especial.

El franciscano Pedro de Alfaro llega como Custodio de su orden a Filipinas en 1578 y ya en su primer contacto con nativos queda sorprendido del número de «mercaderes chinos» que pululan por Manila. La curiosidad le hace escuchar con interés «cosas admirables de aquel gran Reino y la infinidad de almas que el demonio tenía en él a su servicio». Lo mismo sucede a otros de sus compañeros franciscanos que también «se encendieron en un gran celo y deseo de la salvación de ellas [las almas] y de ir... a predicar... aunque fuese poniendo sus personas a cualquier riesgo y peligro». Importunan repetidas veces al gobernador pidiéndole «favor y licencia» para ir a China aunque fuese como «esclavos o de cualquier manera» en un chamán de mercader chino que quisiera llevarlos. Como el gobernador «los entretenía con esperanzas» comenzaron a «tratar secretamente de buscar modo para hacer la jornada» con fray Esteban Ortiz que estudiaba la lengua «y la sabía ya razonablemente» y con el soldado Juan Díaz que «tenía gran deseo de hacer algún servicio a Dios, aunque fuese arriesgando su vida. Todos más un chino bautizado acordaron con el capitán de un navío que les llevaría a China desde el puerto de Mindoro para no llamar la atención en Manila; pero llegado el momento el capitán del navío se volvió atrás alegando que «si lo hacía le costaría la vida».

Pronto, no obstante, se presentó al P. Custodio la ocasión deseada. El gobernador le envió en una embarcación a Ilocos acompañado del soldado Díaz, del alférez Dueñas y del P. Agustín de Tordesillas. Llegados allí

«hicieron consulta» con los padres que les esperaban: Sebastián de San Francisco y Juan Bautista; «y de ella resultó quedar concertados todos... de aventurarse a ir a la China a convertir a aquellos gentiles o morir en la demanda». Se les unió el soldado Villarroel a quien no indicaron claramente a donde iban y «con singular alegría se fueron al navío» que les había traído. «Era una fragata razonable, aunque con pocos y no muy diestros marineros». Hacen vela con mucho ánimo pero por dos veces estuvieron «a punto de perderse» y decidieron volver a puerto. Antes de iniciar el tercer intento –omito el segundo para no cansarles– tuvo «tanto miedo... [el] P. ...Ortiz... que ningunos ruegos fueron bastantes a persuadirle que siguiera el viaje comenzado». Desiste también, por enfermo, el chino bautizado. Vuelven a hacerse a la mar y al pasar por una isla cercana a tierra dejan en ella a los filipinos y a un mozo español y los cuatro frailes más tres soldados, un muchacho chino como intérprete y cuatro criados filipinos, el 15 de junio de 1579 enderezaron la proa hacia donde entendían estaba China, «sin piloto ni otra certeza más... que... su buen deseo que todo lo facilitaba». Por fortuna descubrieron tierra días después y entraron en una cala con muchos navíos; intentaron repetidamente acercarse a ellos para «saber en qué parte estaban» pero invariablemente, al verlos, los navíos huían de ellos. Parecía cosa de encanto. Avanzaron a lo largo de un estrecho, guardado por «ochenta navíos de armada... sin que los viesen, porque de verlos... los echaran a fondo y mataran, según el orden... por el cual les [a los generales del mar] es mandado que cualquier gente de nación extranjera que toparen... le quiten la vida... si no trajere licencia». Navegaron pacíficamente seis leguas y lograron que un chino de otro navío abordara el de ellos. Quedóse maravillado al ver los trajes y oír el habla y les preguntó «quiénes eran, de dónde venían y adonde iban». Espantado de que hubieran pasado por entre la armada sin ser detenidos y de que no portaran licencia de entrada, saltó a su batel y «comenzó con mucha furia a apartarse del navío». Temía por su vida. Navegaron río arriba y por fin encontraron un puerto con muchos navíos; dieron fondo y como no venían a reconocerles a modo de Castilla, pasaron a la barca y echaron pie a tierra «donde, hincados... de rodillas» cantaron el Te Deum «dando gracias a Dios que los había llevado milagrosamente al Reino de la China por ellos tan deseado, sin piloto, ni otra industria humana».

El canto y el vestido causaron sensación; seguidos por un gran tropel de gente anduvieron hasta encontrar la puerta de la ciudad que atravesaron sin que, debido al tumulto, los guardianes lo advirtieran. Caminaron un largo trecho de calles «aumentándose siempre la gente que los seguía». Cansados, se detuvieron frente a una casa en la que daban audiencia los alcaldes de mar. El revuelo y admiración que causaron fue tal que hasta los guardas de la puerta llegaron a enterarse de la causa, por lo que, asustados y temiendo el castigo por su inadvertencia, corrieron a echar mano a los extraños personajes y al ver que carecían de permiso los sacaron fuera de las puertas rogándoles esperasen allí hasta que diesen cuenta al gobernador de la ciudad y autorizara su entrada. En espera de la licencia se les acercó un chino que les preguntó en portugués «qué piloto les había llevado allí; respondieron que, la voluntad de Dios, porque, sin saber cómo ni por dónde, después de haber navegado por la mar algunos días, se hallaban en aquel lugar que, según lo que entendían, era la ciudad de Cantón, de que habían oído decir grandes cosas». Traído solemnemente el permiso escrito sobre un tablón enyesado fueron conducidos ante el juez que les preguntó «de qué nación eran y qué habían ido a buscar en aquella tierra». Pidieron al intérprete oficial que respondiera «que eran castellanos... que iban a predicar el Santo Evangelio y a darles a conocer el verdadero Dios, Creador del Cielo y de la Tierra, para que, dejando la adoración de los ídolos... le adorasen... recibiendo su santa ley... confirmada con divinas señales del cielo». El intérprete temiendo que esta respuesta «fuera muy odiosa al Juez» refirió cómo estos religiosos yendo de Luzón a Ilocos se había anegado la nao en que venían y que sin piloto ni marineros, navegando a la aventura, habían llegado a aquel puerto cuyo nombre aún no sabían. Su ingenuidad, pobreza y compostura produjo tal impresión a uno de los jueces que comentó: «Estos hombres no son bárbaros ni de malos ingenios, a lo que yo veo».

Peregrinaron mirados, remirados y observados, sometidos a idéntico interrogatorio por cada uno de los jueces desde los menores hasta el mismo virrey. La extrañeza, admiración y curiosidad que despiertan por calles y caminos es tal que casi no pueden andar. Marchan penosamente, «afligidísimos de la apretura de la gente». En una ocasión «fue tanta la gente que acudía a verlos que, aunque cerraron las puertas para defenderse

del fastidio que les causaban, no pudieron estorbarles la entrada, porque, quebradas las puertas, subían por encima de las paredes y ventanas. Viendo el mesonero donde estaban que le destruían la casa, les rogó saliesen a un campo o plaza que estaba allí cerca, entre unas huertas, y ellos lo hicieron por esto y por satisfacer a la mucha gente que allí estaba y había venido con deseo de verlos. El ruido de la gente que a esto acudía era tan grande, que temió el gobernador no fuese otra cosa, y mandó ir a un juez a examinarlo y saberlo; pero certificado de lo que era, mandó ir a llamar a los nuestros y que viniesen a su casa, que los quería ver. Cumplieron su mandamiento, poniéndose luego en camino y sucedió que, pasando por una calle, estaban recitando ciertos comediantes, y como la gente que les estaban oyendo los viesan, los dejaron solos y se fueron en seguimiento de los nuestros». En Chincheo «cargó tanta gente a verlos, que estuvieron un buen rato detenidos, que no podían entrar en la ciudad, y después de estar dentro los cercaron de tal manera que no les dieron lugar para buscar de comer, y les fue forzoso meterse en una barca y entrarse el río abajo entre unas arboledas, y aún con usar de esta maña fue tanta la gente que se arrojó con ellos en la misma barca, que estuvo a pique de zozobrar y anegarse, hasta que, por huir del peligro, tornaron los que habían entrado a saltar a tierra, dejándoles solos con el barquero... el cual... los tuvo en la barca aquella noche».

Estos fervorosos misioneros idealistas, dispuestos a morir por la salvación del prójimo, del chino en este caso, tampoco consiguieron su intento; fueron devueltos al lugar de origen después de haber estado varios meses en el Sur de China. Pero volvieron enriquecidos y satisfechos de la experiencia, dispuestos a esperar mejor ocasión.

Los misioneros, partieron de premisas creenciales, querían la salvación del género humano, de todos, porque todos, decían, somos iguales e hijos de Dios. En su mensaje predicaron cánones básicos de convivencia y justicia, pregonaron el amor universal y la unidad del género humano. Marineros y misioneros, cada uno a su manera, fueron los abanderados de la generalización, del conocimiento de todos los mares y tierras, de la Humanidad entera. Fueron inseparables. Bien merecen hoy nuestro reconocimiento.